República de El Salvador — América Central — Año 2º

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo I — San Salvador, Domingo 24 de Febrero de 1895 — Num 19

Redactores y Propietarios:
Arturo A. Ambrogi *Víctor Jerez*

Secretario de Redaccion:
J. Antonio Solórzano

A LA MEMORIA DEL INOLVIDABLE MAESTRO

MANUEL GUTIÉRREZ NAJERA,

CONSAGRA ESTE NÙMERO

"El Fígaro."

Carta

JUEVES 21

Querido Ambrogi:

Hace Ud. perfectamente en consagrar á la memoria de nuestro querido y admirado Gutiérrez Nájera, un número extraordinario del **Fígaro**.—*En San Salvador hay ahora algunos literatos de verdadero talento, que sabrán llorar con sinceridad al gran artista mejicano.—Pida Ud. á Gavidia un asfodelo, á Masferrer una tuberosa, à Belisario Calderón una azucena, á Vicente Acosta un lirio, á Jerez una rosa blanca, á Solórzano una rosa-te, à Velado un crisantemo y á Gamboa una camelia... Si todos cumplen como buenos y como poetas, nuestra corona será la mejor y la más ingenua de cuantas adornen el sepulcro literario del escritor que acaba de morir.*

En cuanto á mí, prefiero esperar.—Yo fuí, entre todos los jóvenes americanos, quien más tardó en comprender la gracia ardiente y la inquietud sutil de las obras de Nàjera. En su capilla no soy un devoto sino un arrepentido, y entre las flores de ustedes (que serán pálidas y que serán tristes, pero que no serán amargas), mi ofrenda parecería un loto enfermo.

Suyo siempre.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

Manuel Gutiérrez Nájera

De Méjico nos viene la desconsoladora noticia de que Manuel Gutiérrez Nájera, el hechicero *Duque Job*, el cautivante *Puck*, el picaresco y juicioso *Recamier* de los "Platos del día" de "El Universal", ha muerto.

"El Fígaro", admirador suyo, amante de su gloria, dedica, todo entero, este número á su memoria.

¡Morir Gutiérrez Nájera!......Con el periódico abierto entre las manos, viendo aquel trozo de prosa, al final de una columna, que se encabeza: "GUTIÉRREZ NÁJERA — SU MUERTE", me quedé pensativo. No lo creí. Y no lo creo aún. Mi imaginación voltejeaba locamente. ¡Aquello era algo maravilloso! No podía ser! Se oponía á creerlo. "La buena señorita", se sublebaba. "¡No puede ser!", una voz íntima me lo decía. Me parece mentira que él se haya ido para no volver más, que haya emprendido solo, ese largo viaje al país de las sombras. La pluma de oro que trazó tantas páginas hechiceras y que cinceló tantas hermosas estrofas, queda abandonada sobre las blancas cuartillas.

Gutiérrez Nájera ha muerto!

Los dioses se van! La joven Musa Americana, desde lo alto del monte verde y fresco, tupido de blancas rosas y de resedas embriagantes, que es su albergue, ve la descensión á la tumba de uno de sus más gallardos paladines.

Sobre la arena asoleada, queda abandonado el escudo de bronce, abollado á fuerza de golpes, y la lanza del gladiador, tinta en sangre, yace rota, despedazada, como un valioso trofeo. ¡Oh! La muchedumbre busca al Caballero de la Armadura Luciente; pero él no está ya. ¡Ha muerto como mueren los dioses jóvenes! La Muerte, terrífico ángel de enormes alas, le ha sorprendido, galopando sobre su alazán obscuro, camino de la deslumbrante Damasco y le ha dado el beso postrero. Así mueren aquellos á quienes los dioses aman, como dice el divino Menandro.

Flores de duelo, ráfagas de tristeza, son las que guardan estas páginas. La admiración, muda y meditativa, se inclina ante ese adorable túmulo y derrama sus lágrimas.

***

Querido Maestro! Recibe este tributo que rendimos á tu memoria gloriosa. Recibe estas coronas de rosas, estas guirnaldas de siemprevivas que, salpicadas con nuestras lágrimas, colocamos sobre tu sepulcro. ¡Débil ofrenda que lleva el valor inmenso de la gratitud!

Vemos tu muerte como el orto luminoso de un regio sol. Te ocultas de momento. Las sombras cubren y amortajan tu luz; pero no la apagan ni la apagarán jamás. Luego aparecerás radioso. Muerto eres más glorioso aún. Y ahora se te discierner coronas, y ahora te llaman "gloria de la América, inimitable, enorme".... Ahora, los que ayer te insultaron, los que no más ayer te veían con ojos de envidia, ahora ven asombrados tu transfiguración. *Perdónalos Maestro, que no te supieron comprender!* Tú estás por encima de todos ellos.

ARTURO A. AMBROGI.

Salmo de vida

Ya volvéis, mis amantes golondrinas;
Ya regresáis de vuestro largo viaje
Y en el atrio del templo, peregrinas,
Se estremece de júbilo el follaje.
De la rama que lenta balancea
Vuestros cuerpos ligeros
Saltáis hasta el pretil de la azotea
O á los pardos aleros.
Y los santos de piedra, que en los nichos
De la vecina iglesia se levantan,
Parecen someterse á los caprichos
De las cosas que cantan!
Vuestro revuelto batallón parlero,
Juega del santuario en la cornisa,
Y, despertando al viejo campanero,
Le dice:
—¡Perezoso, llama á misa!

Ya vuelves, Primavera,
Ya vuelves con tu séquito de amores

Y se oculta en los fresnos, vocinglera,
La turba de los pájaros cantores.
Ya vuelves, coquetuela fugitiva,
Y, al rumor de tus gráciles pisadas
Huyen las penas, el amor se aviva,
Y se buscan los silfos y las hadas.

¿Por qué no vuelve en tu cortejo hermoso;
Entre flores y luz mi poesía?
¿Fuí su amante? Talvez... Talvez su esposo...
Pero me dice el alma que fué mía!
Recuerdo que en campestres excursiones,
Para expresar mis ansias más secretas,
Me prestaban sus versos los gorriones
Y algunos consonantes las violetas.
El hábil mirlo y el pichón sedeño,
La matinal alondra y la paloma,
Mientras vagaba triste en algún sueño
Me daban versos murmurando:
– Toma!–
Hoy esas buenas hadas no me quieren,
Y mis enfermas, pálidas estrofas,
Abren los ojos, lloran y se mueren!

Haz que vuelvan, amante Primavera,
Las que versos y cantos me enseñaron:
Dormida entre mis brazos las espera
La musa que dejaron!
Dame flores, perfumes y armonías........
Pero flores no tuyas, sino mías!
Pon en mi mano el fresco ramillete
Que llevaba Siebel á Margarita.....
Ya asoma, sonriendo, á su ventana,
La pálida enfermita.

¡Oh qué invierto tan triste! ¡Cuán obscuras
Sus noches y cuán largas! De la muerte
Muy quedo nos hablaban;
La nieve, del sudario; y las estrellas
Como con muchas lágrimas brillaban.
Mudo el piano, y ávidas las flores
De fecundante riego;
En silencio los anchos corredores,
Tristes las almas y el hogar sin fuego.
A la luz de muriente lamparilla
Anunciaba, vibrando, la mañana,
El toque de la taza de tisana
Herida por la breve cucharilla.......
Tímida la esperanza; siempre ausente
La risa amable de los labios rojos;
Pensamientos muy torvos en la frente
Y el sueño siembre lejos de los ojos.
Temblor de corazones palpitantes
Cuando el doctor venía;
Miedo de preguntar, en los semblantes
Si pensativo el médico salìa
¡Y cómo adivinaba el pensamiento,
En la atmósfera muda de la alcoba,
El vuelo cauto y el glacial aliento
De la que vidas y cariños roba!
Los amorosos padres, sin hablarse,
Con sólo una mirada se entendían,
Y sus tristes miradas, al cruzarse,
—¡No puede ser! No puede ser,—decìan!

Pero volviste al cabo, Primavera,
Y ya la enferma en su balcón te espera.
¿Qué, no tienes más flores? ¡Dale todas!
Hoy con la vida celebró sus bodas.

Dispón, como te plazca, alegre fiesta;
Escribiremos el MENU en las rosas;
Todas las aves formarán la orquesta
Y el BUFFET servirán las mariposas.
Ordena que de luz se vista el cielo
Y manda que despierten muy temprano
A tu tenor de gracia, el arroyuelo;
Y á tu bajo profundo, el Océano.
Di á tus siervos los raudos colibríes
Que traigan flores de perfumes llenas,
Haz platos con hojitas de alelíes
Y copas con las blancas azucenas.

La sombra quede atrás: no está invitada;
Envidiosa en la puerta se detiene;
Vendrá la noche, de astros coronada,
Pero aquella.....la otra......la enlutada......
Esa, no puede entrar! Esa no viene!

Sólo yo, Primavera azul y hermosa,
Para el festín no tengo ni una rosa.
Volviste; los botones se entreabrieron,
Pero mis pobres versos no volvieron!
¡Ve pues, en mi lugar, tú que si cantas,
Tú que trajiste la salud, la vida;
Tú, Primavera, la de aladas plantas,
La que despiertas á la luz dormida,
En las sonoras alas de tus brisas,
Llévale alegre tus fragantes dones,
Y así como entreabres los botones
Entreabre sus labios con sonrisas.
Tú que las iras del invierno calmas,
Nuestra inquietud, nuestro temor serena........
¡Qué gozo! ¡Ya está sana! ¡Ya está buena!
¡Ya estás, oh Primavera, en nuestras almas!

M. GUTIÉRREZ NÁJERA

Gutiérrez Nájera

"El Fígaro" viste de duelo, y con loca precipitación, forma un ramo de siemprevivas y una corona de ciprés, para colocar amorosamente su ofrenda sobre el mármol que cubre los despojos del más gallardo estilista americano, del poeta delicado que deja en sus obras verdaderos tesoros de arte, joyeles riquísimos que guardan esmeraldas de aguas puras y diamantes de fabuloso precio.

Era Gutiérrez Nájera como opulento príncipe de las letras que aquí dejaba un madrigal encantador en las blancas hojas de un álbum y ahí derrochaba talento en las columnas del periòdico. Su estilo era admirable, siempre nuevo y siempre elegante ¿Quién como él, sabrá arrojar con arte exquisito cestas de gardenias y coronas de azahares? Quién como él, para usar de la frase dulce

y enloquecedora, olorosa como arábigo jazmín y que movía las almas al compás de música nunca oída?

Cuando en esas noches de luna de nuestro poético enero se escuchen las inefables armonías de la inimitable y siempre seductora Serenata de Schubert, de seguro se recordará aquel lindo verso del poeta cuya muerte lamentamos, y labios de rosa dirán entre suspiros.

Oh que dulce canción! límpida brota
Esparciendo sus blandas armonías,
Y parece que lleva en cada nota
Muchas tristezas y ternuras mías

Ese caudal de armonías, ese torrente de notas, tiernas como el amor primero, dulces como los ensueños juveniles, melancólicas como una despedida, despiertan en el alma unos como ecos perdidos de afectos que pasaron, remembranzas de ins tantes breves, pero encantadores.

Y todo ese poder de la música, y todo ese rítmico desgrane va unido á la letra misteriosa, á la palabra que todo lo dice y á la idea que todo lo expresa.

Las modernas escuelas literarias, que tanto disputan sobre los procedimientos, tuvieron en el poeta mejicano un esforzado sostenedor y lo que es más, un raro ejemplo de asimilación, un notable caso que admirar.

Gutiérrez Nájera como poeta ha pertenecido á la clase de los muy admirados, y en la mayor parte de los periódicos hispano-americanos se encuentran sus hermosas poesías, formándole bellísima y envidiable corona de merecimientos. Dotado de un espíritu casi femenil, la artística estructura de sus versos y la tierna delicadeza de las ideas hacen que las composiciones que publicó se recuerden tánto y tánto se aplaudan. Algo de particular, de muy bueno tienen esas composiciones que se fijan tanto en la memoria, y sucede con ellas lo que ocurre con las Rimas de Becquer, quién las lee una vez, trata de aprenderlas.

Gutiérrez Nájera ha pertenecido al número de los literatos que en Méjico representan el procedimiento nuevo, y que envuelven la idea grandiosa, de tendencias ennoblecedoras, en el soberbio ropaje de la forma. Era de los que con Justo Sierra, Juan de Dios Peza y Luis G. Urbina han mantenido en alto el estandarte de la buena poesía.

Como prosista fué de los inimitables, tenía estilo propio, presentaba esos íntimos secretos del corazón humano con una maestría sin rival. Era el análisis de Campoamor coronado de flores ideales.

El poeta sentía á veces los desfallecimientos propios del talento, se iba camino de la duda, sombría, aterradora. Decepcionado á veces, ansiaba poseer la fuerza de la fe, de la fe que horada las montañas, que es energía para mantenerse limpio en los combates diarios de la vida, que es estímulo para no desviarse de los estrechos senderos del bien. Y allá, cuando sentía dentro de su sér una especie de aniquilamiento, exclamaba:

Señor, Señor, los mares de la idea
Tienen también sus recias tempestades;
Mi espítitu en la sombra titubea
Como Pedro en el mar de Tiberiades.

En esos crueles instantes su enfermedad, era la enfermedad de René, el hastío incurable.

La dolencia del deseo, como dice Gustavo Flaubert, minaba su individualidad.

A la muerte de nuestra esperanza nadie nos acompaña, la fatiga intensa del alma enferma á ninguno interesa; y cuando concluidos los ensueños y agotadas las nobles aspiraciones se entrega el espíritu á las locas tempestades, hay que darle libertad para que encuentre algunos santos consuelos.

El poeta de las tristezas hondas y de los elegantes refinamientos, sabía aparecer con las galas del humorismo.

Gutiérrez Nájera lo pidió en un verso:

......Si me muero dormir quiero
Bajo flores compasivas!......
¡Si me muero, si me muero
Dadme muchas siemprevivas!

Obedecemos su mandato—Ahí van nuestras siemprevivas.

LOHENGRÍN

El árbol de Navidad

Quisiera ofreceros, amigas y amiguitos, un Arbol de Navidad, tan alto y tan frondoso como el que dió hospedaje al ave del paraíso; un árbol tan corpulento como el cedro y tan cuajado de flores como los naranjos; y desearía que fuesen esas flores muy blancas, unas, como el alba; azules, otras, como la ya desfalleciente madrugada; y de color de rosa, las más vivas, cual taloncitos, tiernos y calientes, de niñas que no hablan todavía y que dicen PAPÁ con la sonrisa.

En el Arbol de Navidad no anidan pájaros, porque los nidos son para dormir y nadie duerme en Noche Buena. Esto tiene de maravilloso esa noche única: que soñamos en ella sin dormir, con los ojos abiertos....y bailando....ó rezando...ó recordando. Las campanas se echan la capucha para atrás, alzan la cara para ver el firmamento, la oculta luego, agazapándose, y juegan á escondidillas con los astros. Los pájaros van al templo...á galería...á las cornisas, á las ventanas, á las bóvedas; y cuando el padre dice: *Ite missa est*, vuelan al cielo, porque esa noche el cielo está sin ángeles. ¡Cómo que andan los querubines en el campo cuidando al Niño Dios, recién nacido!

Por eso, amigas y amiguitos, de las ramas del Arbol cuelgan juguetes y golosinas, en vez de nidos. Por eso véis en ellas racimos de uvas luminosas: si así no fueran ¿cómo podríais hallarlos en la oscuridad de la noche? Vosotras, las hermosas, tenéis divinas claridades en los ojos para que el hombre, entre la tiniebla del mundo, pueda encontraros y obtener la dicha.

¡Ah, yo sé lo que os digo!....En la noche de Navidad el cielo está vacío. El rey-niño baja á la tierra y con él toda la corte: los ángeles que nunca tienen frío; los santos de mitra y báculo ó de corona y cetro; los bienaventurados de grandes capas pluviales y los calvos y enjutos de sayal y cogulla; las monjas que iluminaban, en vida, el coro bajo de los monasterios y hasta la gran nave de la iglesia, con la mirada nada más; las vírgenes, semejantes á azucenas y las mártires circuidas de rosas, porque de amor desfallecieron en los brazos lívidos de la muerte; toda la Corte viene á adorar en Bethlem al Niño-Dios; y nuestros muertos ¡nuestros muertos queridos!....los que sin duda serán santos dentro de pocos años, dentro de un siglo cuando muchos, bajan también y aunque invisibles ¡ay! para nosotros, permiten que las almas privilegiadas les oigan y les sientan y respiren.

Por eso es tanto nuestro júbilo, amigas y amiguitos: porque regresan los ausentes, y está completa, en el hogar de fiesta, la familia. Muchos no lo saben, pero lo sienten. Y por eso las tradiciones populares cuentan que en esa noche azul, fría, de Navidad, los muebles se secretean, el fuego retoza y pellizca sin quemar; el humo, acariciando su enredada y rizosa barba blanca, va á misa y se prosterna delante del tabernáculo; las criaturas de Dios, las pobrecitas criaturas que nosotros llamamos irracionales, se dicen cosas hondas, misteriosas, que han callado durante el año entero; la flor sonríe; el árbol habla; al torre, canta.

Eso dicen las tradiciones populares, porque ve y siente el campesino algo insólito y raro en esa noche; porque la sombra que proyecta al acercarse á la hoguera, se mueve sin que él ande ó corra, más aprisa que de costumbre, por detrás ó de improviso se le aparece por delante; porque oye rumores, voces, cuchicheos extraños; porque el viejo mastín le va con sorna y no quiere dormirse, y porque hasta en los leños apagados hay duendes muy burlones que le miran, unos, azules como las luciérnagas, otros, de sotanilla roja y solideo, cual pequeñitos, impalpables monaguillos.

Pues qué ¿es natural que haya misa á media noche? ¿El órgano que toca en ella es el del Corpus, el de las fiestas de la Virgen? No, el órgano en la misa del gallo canta muy alegre y se le salen por los tubos nubes de almas.

La iglesia misma se contonea No es que el labriego tenga sueño, no, se mueve el templo. Dan vueltas las campanas y parecen botijos que echan el vino dentro de la torre.

....Los rùsticos no saben á qué atribuir esos prodigios; pero yo sé que no hay duendes, que no hay fantasmas; que la flor no sonríe, que el árbol no habla. Lo que sucede es que hay muchas almas en medio de la sombra. Vuelven los muertos buenos á la tierra. Y si no, amigas y amiguitos, ¿habría Noche Buena para las madres que se fueron dejando aquí á sus hijos? ¿Habría Arbol de Navidad para los blancos muertecitos?

La madre que está en el cielo—acaso algo tristona—todo el año, en la velada de Navidad, mientras la hija ora en la iglesia ó juega con sus amigas alrededor del Arbol, llega á la alcoba de la niña y besa calladamente su almohada. Es la noche en que junto á la cuna vacía, oye la joven enlutada una voz que le dice: —*C'est moi. Ne le dis pas!*"

El blanco anciano que supo el arte de ser abuelo nos lo dijo:

> Méres en deuil, vos cris lá—haut sont entendus.
> Dieu, qui tient dans sa main tous les oiseaux perdus,
> Parfois au même nid rend la même colombe.
> O méres! Le berceau communique á la tombe.

Si no creeis en estos divinos milagros, no tendreis Noche Buena, amigas y amiguitos. Para entrar á la dicha, para entrar al cielo, es necesario cerrar los ojos. Dios dice:—Dejad que los niños se acerquen á mí.

Creed y reios como pequeñuelos. El Arbol de Navidad ya está encendido. Un ruiseñor que se encamina al granado para cantar el Ave María, se detiene á mirarlo y dice al tordo que le lleva los papeles:—¡Mira qué hermosa Catedral!—Porque hay centenares de cirios (¡enormes!)—dicen las violetas) en el Arbol. Y el *cardenal*, cautivo en jaula de oro, (no lo extrañeis, el mismo Papa está cautivo) se pregunta,—¿Qué compañero oficiará?

Venid, amigas y amiguitos. Nuestro Arbol es humilde; no os parecerá un cedro del Líbano, como les parece á las luciolas; pero tiene algunos juguetes........de poco valer, eso es verdad, pero que acaso tengan alguna virtud mágica. Tal vez, tal vez, sean talismanes. ¡En Noche de Navidad suceden los prodigios!

Descolgad los juguetes que duran poco; las frutas mentirosas que no son frutas......¡hay mentiras tan buenas! ¡hay esperanzas tan efímeras, tan frágiles, pero, á pesar de ello, tan hermosas! —Para vd., señorita, el rorro de los ojos más azules.—¿Ya mirais como son de hechicerías los juguetes del Arbol misterioso? En las mejillas de la señorita brotaron, cuando vió su aguinaldo, rosas nuevas!......

Venid, venid. Acaso entre esas hojas, Dios haya puesto algunos talismanes......

M. Gutiérrez Najera

Làpida

Mucho silencio bajo los pinos,
la luz apenas se atreve á entrar
en esa calle de verdes tullas,
donde se enreda la oscuridad.

¡Cuántos amigos en los sepulcros
de blanco mármol ó piedra gris!
¡cuántas alfombras de "no me olvides"
hay olvidadas en el jardín!

Abajo, siembras, techos y torres:
el panorama de la ciudad:

el ancho lago, que duerme inmóvil,
la caravana que lenta va.

Y en este cerro desn[...] triste,
el alta reja, la férrea cr[...]
y un jardinero que indiferente
mira el cortejo y el ataúd.

Hemos llegado: ya abre la fosa;
suenan los golpes del azadón,
y al sacerdote, breviario en mano,
reza las preces á media voz.

Los circunstantes, formando grupos,
muy pensativos la tierra ven,
y se preguntan dentro del alma:
¿cuándo en su seno reposaré?

Otros recorren las avenidas,
los epitafios leyendo van,
hablan de aquellos que ya no existen,
de la que llevan á sepultar.

¡Cuántos semblantes que nada dicen!
¡cuántos dolientes de mal humor,
porque se tarda la ceremonia!
corren las horas y quema el sol!

Unos se burlan de los sepulcros,
otros contemplan con ansiedad
la tierra obscura, la blanca tumba
donde sus padres durmiendo están!

Sobre la fosa recién abierta
Descansa inmóvil el ataúd......
¡y en esa caja negra y angosta
ya para siempre descansas tú!

Manuel Gutiérez Nájera

El Duque Job ha muerto!

—¿Y quién era el Duque Job?, me ha preguntado álguien.

—Manuel Gutiérrez Nájera, le he dicho.

—¿Y qué era ese hombre?

—Era poeta.

—Ah! poeta!....vaya.

—Sí, poeta, señor. ¿Sabe U. lo que son los poetas? Ah! son seres que Dios envía al mundo para que vengan á hablar á las almas el idioma de los ángeles, á revelarles á los hombres los secretos de las tórtolas que se arrullan en los nidos; á traducir lo que cantan las alondras en la espesura de los bosques; lo que dicen las golondrinas que se alejan y las golondrinas que vuelven; los idilios de los nardos y las violetas, de los lirios y las gardenias; las elegías de las caléndulas y los cipreses; lo que sueñan las vírgenes y lo sienten las madres...... Ah! los poetas! ora con el arpa de Israel se elevan y profetizan, ora con la lira de los griegos hacen inmortales las hazañas de los héroes y exaltan el amor á la patria, creando pueblos de guerreros; ora con la dulcísima flauta de Pan nos deleitan relatándonos los castos amores pastoriles; ora al son del órgano sagrado, bajo las bóbedas de los templos elevan á las almas, en arrebatos místicos, á las excelsas regiones de la luz increada.... Los poetas, que con sus cantos divinizan á los mártires del amor.... Los poetas, que llevan en la mente mundos de ilusiones y esperanzas.... esos no sé por qué ley inexhorable se eclipsan á la mitad de su carrera, se van antes de tiempo, la Parca los sorprende, como el cazador sorprende al pájaro que libre canta en el follaje de algún árbol, saludando al sol que nace ó despidiendo al sol que declina.

***

Hace poco más de un año, tuvimos que lamentar el desaparecimiento de Julián del Casal, el ruiseñor de las Antillas. Hoy América llora la brusca partida de Manuel Gutiérrez Nájera.

Las águilas aztecas, en vano volaron tras el ruiseñor fugitivo; se perdió en el azur....

***

El poeta ha desaparecido. La lira viuda, cubierta de crespones, yace bajo el sauce en cuyas ramas gimen las brisas de la tarde, y las notas, las estrofas huérfanas vagan por doquiera pregonando las excelencias del padre muerto....

***

Gutiérrez Nájera, escribiendo en prosa ó en verso, siempre fué poeta, siempre fué artista: "poesía el secreto de comunicar á su pluma todos los matices de la luz y de la naturaleza", como se ha dicho de Paul de Saint Victor. Hasta en sus artículos políticos deslumbra por la galanura de estilo. Un escritor chileno, juzgando á Gutiérrez Nájera periodista, decía: "es espontáneo, espiritual, vehemente, erudito; abundoso en recursos de ingenio; volteriano como pensador ilustrado y de convicciones profundas; de poderosa dialéctica; filósofo racionalista; opulento en gracia criolla, como producto genial de la raza latina."

Leed esta página patriótica, este cántico de gloria, esta prosa, estas líneas olorosas á laureles, á mirthos y á rosas frescas; es un epinicio dedicado á los niños mártires que sucumbieron luchando por la patria durante la invasión norteamericana; oídlo:

"La religión de la patria, como todas las religiones, tiene sus mártires jóvenes y sus mártires niños. Toda *Asunción* requiere ángeles. Esas figuras que aletean en la Historia; esas que ciñen, con cendal de alas, grandes hechos; esa sangre color de mirtho fresco, que se encuentra en todas las revoluciones, en todos los impulsos hacia la libertad, son merecedoras de la inmortal frase de Lupercio: *Vuélvense en dioses esos jóvenes, y en néctar vivificante tórnase la sangre que derramaron.*

. . . .

"Ella, la patria, cubre hoy de lauros la tumba de aquellos que supieron morir por salvar su honra, y va como enlutada madre, á llorar en la tumba de sus buenos hijos. Supieron arrancarse á los brazos de la juventud, que tantas promesas les hacía, y arrojarse al abismo, como los caballeros del *Apocalipsis*, antes que ver profanado el suelo mejicano. No laureles, pétalos de rosa han de arrojarse en esas tumbas, donde duermen los que fueron coronados con los azahares de la vida; no elogios sino himnos han de entonarse el día de hoy: ¡feliz aquél que joven muere por su patria, porque ése, desde niño fué buen hijo!

"En un instante inmortalizaron sus nombres. La Gloria se los quitó á la Vida en un instante.

"¡Lluevan mirthos en esas frescas sepulturas! ¡Salga de ellas una voz tonante que diga: *¡Venid, y ved cómo se muere por la patria!*......

"Esos que se fueron de la vida por defender á la madre, cuando aún estaban húmedas de besos sus guirnaldas, enseñan á morir con honra y señalan el camino de la inmortalidad. Noche fué la muerte para ellos; pero sus almas en esa noche son estrellas."

⁂

Cuando leí en la *Revista Azul* el *Salmo de vida* y *Mi último artículo*, pensé con profunda tristeza en la muerte del excelso artista, creí ver á la Pálida siguiendo los pasos del poeta, espiándolo, acechándolo, esperando el momento oportuno para robárnoslo.

Y ese momento llegó al fin. Sus *enlutadas*, como él llamaba á las tristezas, ayudaron á la Muerte en su obra. Ved cómo las veía llegar á su lecho:

"Descienden taciturnas las tristezas
al fondo de mi alma,
y entumecidas, haraposas brujas,
con uñas negras
mi vida escarban.

"De sangre es el color de sus pupilas,
de nieve son sus lágrimas:
hondo pavor infunden.... yo las amo
por ser las solas
que me acompañan.

"Ábrese á recibirlas la infinita
tiniebla de mi alma,
y van prendiendo en ella mis recuerdos
cual tristes cirios
de cera pálida.

"Entre esas luces, rígido, tendido,
mi espíritu descansa;
y las tristezas, revolando en torno,
lentas salmodias
rezan y cantan."

. . . .

. . . .

Como todo luchador que siente cansancio, desfallecimiento, melancolía, cierta inquietud que nos hace volver la vista al cielo en busca del Dios de las esperanzas, GUTIÉRREZ NÁJERA volvió también la mirada al infinito, y de sus labios brotó esta plegaria:

"Señor, Señor, los mares de la idea
tienen también sus recias tempestades....
Mi espíritu en la sombra titubea,
como Pedro en el mar de Tiberíades.

"Hierven las aguas en que yo navego;
mi pobre esquife á perecer se avanza...
Tú que la luz le devolviste al ciego,
devuélvela á mi fe y á mi esperanza.

"Eres el que yo amé cuando pequeño,
no el Jehová de los bíblicos enojos.
Acude, que mi alma tiene sueño
y, lentamente, ya cierra los ojos.

"Aparece en la líquida llanura
para que en tí descansen mis miradas,
y pasa con tu blanca vestidura
serenando las olas encrespadas!"

⁂

GUTIÉRREZ NÁJERA ha sido uno de los poetas mejicanos más conocidos en Centro América. ¿Quién, aquí entre nosotros, no conoce aquellas estrofas de la *Serenata de Schubert:*

"¡Oh qué dulce canción! Límpida brota
Esparciendo sus blandas armonías,
Y parece que lleva en cada nota
Muchas tristezas y ternuras mías!

. . . .

. . . .

"Ya nunca volverás noche de plata!
Ni unirán en mi alma su armonía,
Schubert con su doliente *Serenata*
Ni el pálido Musset con su *Lucía.*"

⁂

Al decirte el último *adiós*, ¡oh ruiseñor dulcísimo de la patria de Acuña! poeta de los ensueños áureos y de los versos tiernos, permite que te dirija las mismas palabras que una poetisa pronunció sobre la tumba de un poeta, tu hermano en el arte, Julián del Casal:

"*Duerme, duerme para siempre en el seno de la tierra!.... cubran tus llorados despojos, ¡oh doliente soñador! las gardenias y las rosas caídas de tu roto laúd, mientras tu espíritu, aleteando como mariposa celeste, brilla en el infinito como una estrella.*"

J. ANTONIO SOLÓRZANO.

El Duque Job

Al saber el lamentable suceso, he sentido en el corazón algo como el rudo golpe de una desilusión repentina, de un irremediable desencanto, como cuando desaparece del mundo una persona con quien mucho nos hemos familiarizado y á quien llegamos á amar en fuerza de los vínculos creados por el trato continuo.

¡El Duque Job ha muerto!

Es decir, ha muerto el viejo amigo que endulzaba nuestra vida con su charla encantadora; que nos hacía olvidar las horas negras de la existencia con sus cuentos diáfanos, correctísimos, como hechos por uno de los artistas más finos y de gusto más delicado con que contaban las letras americanas.

¿Quién no ha leído con deleite al aristocrático Duque Job? ¿Quién no le ha admirado? Del uno al otro confín de la América, el poeta del Anahuac ha recorrido triunfalmente un camino glorioso, colmado de aplausos y coronas, amablemente festejado por la fortuna, como lo son únicamente los predestinados.

Era un artista admirable, que sorprendía á cada momento con inesperadas creaciones, que hacía brotar como por arte de sortilegio hasta de cosas insignificantes y baladíes. Así, por ejemplo, le veis hacer prodigios de donosura y bien decir al escribir una revista de salón ó una de esas crónicas ligeras que tienen la vida de una flor y son trazadas á la carrera, sobre una rodilla y al lápiz, para mandarlas inmediatamente al cajista que espera; y así le veis fabricar, de igual manera, con exquisito gusto de orfebre maravilloso, obras valiosísimas, primorosamente cinceladas, dignas de figurar en el joyero de una reina.

Tiene el amable Duque Job delicadezas sutiles, suavidades de luz crepuscular, exquisiteces de enamorado, que busca con afán la palabra, el giro elegante, la frase musical que halague el oído de la gentil doncella objeto de sus amores. Como poeta, acaso no encontraréis otro que mejor cautive los sentidos y enternezca el corazón. De una sensibilidad extraordinaria, sabía comunicar á sus estrofas el calor de la vida, y á través de ellas, como tras un cristal bruñido y trasparente, se entreve su alma, apasionada, generosa, amante, bella. Era un poeta sencillamente humano, que traducía con ingenuidad sus sentimientos y salvaba con facilidad suma los escollos del arte, reproduciéndose en sus obras tal como él era en sí.

Yo le he sentido y he gozado leyéndole. He admirado su prosa gentil y sus estrofas magistrales y me he dejado llevar por el encanto que me han producido.

De niño, cuando apenas podía apreciar las muchas bellezas que contienen sus escritos, me enamoré de él, y después de mucho tiempo trascurrido, aun conservo la primera impresión que su lectura me produjo. Y creedlo, mi admiración no ha sufrido menoscabo, y, por el contrario, se ha ido cada día aquilatando á medida que le he conocido más.

He penetrado en su regia morada, no como un crítico que va á medir y á juzgar el mérito de sus obras, con el ánimo prevenido y dispuesto al análisis, sino como un simple mortal enamorado del arte, que entra, la cabeza descubierta, en el santuario donde se rinde culto á la belleza y al amor, á admirar, á gozar, en mística contemplación, de aquel conjunto inimitable de primorosa arquitectura, donde se guardan joyas de valor inapreciable.

Así, pues, yo me conformo con expresar ingenuamente mis impresiones, sin asentar ningún juicio adverso, sin mencionar los errores que el poeta pueda haber cometido ni entrar en reflexiones acerca de la trascendencia de sus escritos en la joven literatura americana. Quede para otros tan espinosa tarea, que no por eso disminuirá el brillo de uno de los astros de primera magnitud que fulguran en el cielo del arte americano.

CARLOS G. ZELEDÓN.

Febrero de 1895.

La serenata de Schubert

¡Oh, qué dulce canción! Límpida brota
Esparciendo sus blandas armonías,
Y parece que lleva en cada nota
Muchas tristezas y ternuras mías!

¡Así, hablara mi alma . . . si pudiera!
Así, dentro del seno,
Se quejan, nunca oídos, mis dolores!
Así, en mis luchas, de congoja lleno,
Digo á la vida: —¡Déjame ser bueno!—
¡Así sollozan todos mis amores!

¿De quién es esa voz? Parece alzarse
Junto del lago azul, en noche quieta,
Subir por el espacio y desgranarse
Al tocar el cristal de la ventana
Que entreabre la novia del poeta . . .
¿No la oís como dice: "hasta mañana"?

"¡Hasta mañana, amor!" el bosque espeso
Cruza, cantando, el venturoso amante,
Y el eco vago de su voz distante
Decir parece: "hasta mañana, beso!"

¿Por qué es preciso que la dicha acabe?
¿Por qué la novia queda en la ventana?
Y á la nota que dice: "¡hasta mañana!"
El corazón responde: "quién lo sabe?"

¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!
¡Qué azules brincan las traviesas olas!
En el sereno ambiente ¡cuánta luna!
Mas las almas ¡qué tristes y qué solas!

En las ondas de plata
De la atmósfera tibia y trasparente,

Como la Ofelia náufraga y doliente,
Va flotando la tierna serenata!....

Hay ternura y dolor en ese canto
Y tiene esa amorosa despedida
La trasparencia nítida del llanto
Y la inmensa tristeza de la vida!

¿Qué tienen esas notas? ¿por qué lloran?
Parecen ilusiones que se alejan....
Sueños amantes que piedad imploran
Y como niños huérfanos, se quejan!

Bien sabe el trovador cuán inhumana
Para todos los buenos es la suerte....
Que la dicha es de ayer..... y que "mañana"
Es el dolor, la oscuridad, la muerte.

El alma se compunge y se estremece
Al oír esas notas sollozadas....
¡Sentimos, recordamos y parece
Que surgen muchas cosas olvidadas!

- -

¡Un peinador muy blanco y un pïano!
Noche de luna y de silencio afuera....
Un volumen de versos en mi mano
Y en el aire y en todo primavera!

¡Qué olor de rosas frescas en la alfombra!
¡Qué claridad de luna! ¡qué reflejos!
....¡Cuántos besos dormidos en la sombra,
Y la muerte, la pálida, qué lejos!

En torno al velador, niños jugando....
La anciana, que en silencio nos veía,
Schubert en tu piano sollozando,
Y en mi libro Musset con su "Lucía."

¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!
¡Cuántos hermosos versos! ¡cuántas flores!
En tu hogar apacible ¡cuánta calma!
Y en mi pecho ¡qué inmensa sed de amores!

¡Y todo ya muy lejos! ¡todo ido!
¿En dónde está la rubia soñadora?
....Hay muchas aves muertas en el nido,
Y vierte muchas lágrimas la aurora!

....Todo lo vuelvo á ver....pero no existe!
Todo ha pasado ahora....¡y no lo creo!
Todo está silencioso, todo triste....
Y todo alegre, como entonces, veo!

....Esta es la casa....¡su ventana aquella!
Ese, el sillón en que bordar solía....
La reja verde.... y la apacible estrella
Que mis nocturnas pláticas oía!

Bajo el cedro robusto y arrogante,
Que allí domina la calleja obscura,
Por la primera vez y palpitante
Estreché con mis brazos su cintura!

¡Todo presente en mi memoria queda!
La casa blanca y el follaje espeso!
El lago azul....el huerto....la arboleda,
Donde nos dimos, sin pensarlo, un beso!

Y te busco, cual antes te buscaba,
Y me parece oirte entre las flores,
Cuando la arena del jardín rozaba
El percal de tus blancos peinadores!

¡Y nada existe ya! Calló el pïano....
Cerraste, virgencita, la ventana....
Y oprimiendo tu mano con mi mano,
Me dijiste también: "¡ hasta mañana !"

Hasta mañana!.... Y el amor risueño,
No pudo en tu camino detenerte!....
Y lo que tú pensaste que era el sueño,
Fue sueño pero, inmenso ¡el de la muerte!

¡Ya nunca volverás, noche de plata!
Ni unirán en mi alma su armonía,
Schubert, con su doliente "Serenata"
Y el pálido Musset con su "Lucía."

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

Manuel Gutiérrez Nájera

Lo saludé por vez primera, con admiración y cortesía, en las columnas del diario "El Nacional", donde él escribía crónicas elegantes, revistas sibaritas, que firmaba no recuerdo como. Después le veía con frecuencia. Con harta frecuencia las ventanas de mi alma se abrían, para dar paso á una bandada de estrofas suyas: los rosales de ensueños de mi alma sentían la lluvia de rocío de su prosa encantadora.

Creo que pocos admiren y quieran tanto como yo al Duque Job. Pocos que tengan por el elegante é infortunado artista tanta veneración. Pocos que sientan tanto su eterna desaparición.

La noticia de su muerte inesperada ha hechado sobre mi corazón un velo de dolor. ¡Cómo pienso, á través de las brumas del cariño, ver aquella cabeza, pálida y mancilenta, recostada sobre la almohada fúnebre, entre los cirios llameantes! ¡Oh! No! Gutiérrez Nájera no ha muerto! No me avengó yo, soñador decidido y perenne, á que Dios mate á los pobres pájaros, á los niños que nos hacen gozar con sus risas y torpezas, y agoste, en el término de un día, á las flores que Abril generoso nos trae. No. Es crueldad. Pues.... ¡Señor mío! También que no se mueran los poetas! ¡Que esos pájaros no se vayan! ¡No dejéis solos esos nidos tibios!

***

Recuerdo....

Un día, la admiración saltó por encima de su dique. No pudo contenerse más. El agua limpia, serena por la noche, copia el cielo lleno de estrellas. Mi entusiasmo no quiso seguir así. No quiso que su lámina cristalina recogiese más siluetas, rápidas y breves. Quiso inundar. Y se desprendió como catarata, mientras el sol la cubría de íris tornasolados. Saltó orgullosa y amenazante.

Escribí un artículo sobre él: un artículo lle-

no de entusiasmo, lleno de admiración, revosante de cariño.

Lo acogió el diario "El Correo Nacional" que por entonces se publicaba aquí: un diario de grandes dimensiones; pero disparatado como él solo, y en donde hice mi primeras armas. Salió un domingo. Y en lugar preferente. ¡Ah! Yo me creí entonces una gran cosa. Creí que podia decirle á Gutiérrez Nájera, desde este mi hogar, "vea Ud. como le quiero" y que él, desde allá, me saludaría como se saluda á un príncipe amigo.

Le remití un número, acompañado de una larga carta en que le decía mil tonterías. La señalaba con lápiz azul mi artículo y borrándole el pseudónimo le había calzado mi nombre. "¿Qué dirá él?"—Eso me preguntaba á cada rato. Y esperaba.

¡Oh! Al tiempo recibí una tarjetita de él. No más decía: "Manuel Gutiérrez Nájera". Nada más. Era una tarjeta de visita, una Bristol elegantisima. Venía á pagar mi pobre artículo: ¡mis tres noches de desvelos! ¡Y ni una sola línea!

¡Que descepción! Yo, que esperaba que el me contestase una carta tan larga como la mía, que me dijese muchas cosas, me llamase artista, en fin, todo lo que se le puede decir á un escritor, ¡recibir esto! ¡Ni las gracias, siquiera! No se la perdoné jamas.

Entonces tenía yo quince años.

***

Hoy, todo esto me lo explico. Las tareas periodísticas no dejan casi nunca márjen á la imaginación. La poesía esconde su faz risueña tras las pezadeces de estilo de un artículo de fondo ó de una revista rápida. Y Gutiérrez Nájera.... ¡Oh Dios mío! ¡Cómo pasaba tan ocupado! Tenia, él que era un príncipe del arte, que escribir para comer.

CONDE PAÚL

Mi último artículo

Algunas veces, cuando tomo la pluma como el galiote su remo, digo para mí: ¿cuál será mi último artículo? La muerte vendrá á sorprenderme acaso cuando apenas haya trazado el título ò las primeras líneas de un artículo cualquiera. ¿Cuál será?

Siento cariño por ese hijo desconocido á quien dejaré tan pequeñito y huérfano. Yo quisiera decirle:—No es mi culpa; me arrancan de tu lado! Habría querido verte brillar, como á tus hermanos en el mundo; pero sólo pude besar tu frente antes de partir, como besa el padre los cabellos rubios ó negros del hijo que duerme en la cuna y corre á un duelo......y allí muere.

Tal vez la muerte me permita leer mi artículo......Lo escribiré enfermo......lo escribiré agobiado por esa vaga tristeza que es como la sombra de la eternidad ya próxima; pero......es preciso ganar el pan de cada día......lo escribiré. Tal vez sea muy ingenioso......muy agudo tal vez haga reír......Acaso—¿por qué no?—sea franco......franco......y haga llorar á algunas almas buenas. Lo más probable es que sea tonto. Pero, de todas suertes, esta idea me preocupa: ¿cómo será?

***

Parece que el hombre, por decreto del destino, empieza muchas cosas y muy pocas concluye. La vida es lo único que está bien cierto de acabar. Creemos haber terminado una obra, un libro, y al leerlo hallamos que nuestro entendimiento ha caminado algunos pasos adelante, y que el libro, como la sombra de los que marchan siempre de cara al sol, se queda atrás. Un deseo irresistible de producir, un apetito inmenso de procreación intelectual, nos agita y azuza. Pero esas criaturas engendradas en un encuentro fortituo, en la sombra de un túnel, nacen desmedradas. Después, nos avergüenzan. Las queremos, porque, al cabo y al fin, son hijas nuestras; pero las queremos con lástima. Sentimos el deseo callado de esconderlas. Y, sin embargo, estamos bien seguros de que pudieron haber sido muy hermosas.

***

Y este ahinco de producir, de echar al mundo las criaturas de nuestro entendimiento, crece á medida que la existencia avanza. Se diría que la muerte está llamando y que nos dice: —¡Vamos..... Apresúrate!—Entonces, se vuelve la vista atrás y hasta aquellas hijas de nuestro capricho ò de nuestra reflexión que antes nos parecieron pálidas y enfermas, y á las que por eso, guardamos, con rubor, en cajones secretos del bufete, hasta á esas pobres desdeñadas, las decimos: ¡Salid á luz! Vuestros vestidos son muy pobres; pero no hay tiempo ya para buscaros otros......En el Techo de la agonía os legitimamos!—

Víctor Hugo coleccionó, en los últimos años de su vida, fragmentos de poesías, bases de columna, plintos y capiteles aislados, todos los elementos dispersos de obras magnas que no llegaron jamás á realizarse.

El poeta siente la necesidad de dar á los postreros no sólo el peso fuerte de su ingenio, sino también los centavos. Es como el jugador que, cuando ya ha perdido los billetes de Banco, las monedas de oro y las de plata, resgistra los bolsillos de su pantalón y, si encuentra alguna moneda menuda, la pone á un número de la ruleta. Siente la imperiosa necesidad de perderlo todo.

En ciertos casos, la vida nos parecería buena si tuviéramos la facultad de recomenzarla. Es muy desastroso no poder corregir *las pruebas* de la vida. Pero el tren avanza, las estaciones quedan atrás, y como la existencia es un "tren rápido," no se detiene en parte alguna. Para el artista que siente como los brazos que antes le ceñían se van abriendo y aflojando, dos son los supremos dolores: sentir lo incompleto de sus creaciones y la impotencia de dar vida á los seres que le bullen todavía en la imaginación. Toda vida de artista es vida trunca. Sólo la vida de los necios,

está hecha de una pieza. Es todo lo que se llama un monolito.

Cuando Chénier, al subir al cadalso, exclamó, tocándose la frente:—¡Aquí había algo!—expresó la amargura profundísima con que muere el artista verdadero.

***

Las hijas predilectas de nuestra inteligencia son las que nadie conoce. Se parecen á las muchachas hacendosas que no concurren á bailes, que no van á teatros, que no tienen novios, pero que siempre son las preferidas en la casa. Suelen venir y muy tímidas á nuestro gabinete de trabajo, y decirnos á media voz: —¿Qué......no salimos?—Pero de tal manera las amamos, que, á verlas en la calle, de trapillo, preferimos tenerlas encerradas.

Por eso contesta el padre á esas desconocidas criaturas:—Aguardad!......Cuando sea rico, cuando haya estudiado mucho, cuando pueda daros la clámide ó el vestido damasco ó las frementes alas de águila, entonces os entregaré á la admiración!

Esperando esas dichas que no llegan, quédanse en los desvanes del cerebro—como dijo un poeta—y cuando llama la impasible muerte y sus labios de mármol se entreabren y de esos labios brota el—¡ven! ¡ya es hora!—sentimos hondo, intenso desconsuelo, por no haberlas lanzado al aire libre, por haberlas tenido en reclusión, y nos pedimos entonces de la vida, diciéndolas aquellos versos memorables de un gran poeta sevillano:

No me admira tu olvido: aunque de un día,
Me admiró tu cariño mucho mas,
Porque lo que hay en mí que vale algo,
Eso......ni lo pudiste sospechar!

***

La novela soñada, el drama concebido, la obra para cuya realización quisimos enaltecernos y purificarnos, como se purifica el niño para su primera comunión, quedan en el sagrario del espíritu. Tal vez van con nosotros á la tumba y allí nos perdonan el haber sido carceleros, y en estrecho abrazo, como el de Cuasimodo y Esmeralda, nos consuelan.

***

El artista no llora lo que deja en el mundo, sino lo que se lleva. La frase más sentida, la más sublime, es la que calla.—¿Cuál será mi último artículo?—preguntaba yo al empezar éste. Pues será algún artículo banal, alguna piecesita de tocador, un juguete de porcelana ó terracouta. El artículo en que condense mis ideales, el artículo en que ponga el alma toda, es el artículo que jamás escribiré.

M. Gutiérrez Nájera

Mariposas

Ora blanca cual copos de nieve,
Ora negras, azules ó rojas,
En miriadas esmaltan el aire
Y en los pétalos frescos retozan.
Leves saltan del cáliz abierto,
Como prófugas almas de rosas.
Y con gracia gentil se columpian
En sus verdes hamacas de hojas.
Una chispa de luz les da vida
Y una gota al caer las ahoga;
Aparecen al claro del día,
Y ya muertas las haya la sombra.

¿Quién conoce los nidos ocultos?
¿En qué sitio de noche reposan?
Las coquetas no tienen morada......
Las volubles no tienen alcoba......
Nacen, aman y brillan y mueren;
En el aire, al morir, se transforman
Y se van, sin dejarnos su huella,
Cual de tenue llovizna las gotas,
Tal vez unas en flores se truecan,
Y llamadas al cielo las otras,
Con millones de alitas compactas
El arco iris espléndido forman
Vagabundas, ¿en dónde está el nido?
Sultancita, ¿qué harem te aprisiona?
¿A qué amante prefieres, coqueta?
¿En qué tumbas dormís, mariposas?

***

¡Así vuelan y pasan y expiran
Las quimeras de amor y de gloria,
Esas alas brillantes del alma,
Oras blancas, azules ó rojas!
¿Quién conoce en que sitio os perdisteis,
Ilusiones que sois mariposas?
¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
Al caer en el alma la sombra!
Tú, la blanca, ¿porqué ya no vienes?
No eras fresco azahar de mi novia?
Te formé con un grupo de lirios
Que de niño llevé á la parroquia;
Eras casta, creyente, sencilla,
Y al posarte temblando en mi boca,
Murmurabas, heraldo de goces,
"¡Ya está cerca tu noche de bodas!"
Ya no viene la blanca, la buena!
Ya no viene tampoco la roja,
La que en sangre teñí, beso vivo,
Al morder unos labios de rosa!
Ni la azul que me dijo: ¡poeta!
Ni la de oro, promesa de gloria!
¡Ha caído la tarde en el alma!
¡Es de noche......ya no hay mariposas!

Encended ese cirio amarillo......
Ya vendrán en tumulto las otras,
Las que tienen las alas muy negras
Ya se acercan en fúnebre ronda!
Compañeras: la cera está ardiendo;
Compañeras: la pieza está sola!

Si por mi alma os habéis enlutado,
Venid pronto, venid, mariposas!

M. GUTIÉRREZ NÁJERA

Manuel Gutiérrez Nàjera

¡Cómo olvidar el día en que le conocí, si fué aquel en que con más crueldad me dieron cilicio el hastío y la miseria! Recuerdo: era una mañana, á esa hora en que el *chic* acude á pavonearse por Plateros y San Francisco, paso á paso, como con pereza, haciendo estancias en los aparadores, para luego apartar la vista con tedio. El cordón negro de transeuntes ondeado, renovado é interminable en las aceras; los carruajes caminaban pausadamente de uno y otro lado del arroyo, y al salir á la Plaza de la Constitución y á la Alameda rompían filas unos y describían una ligera curva otros, para volver á formar del costado opuesto; en las cantinas se veían corrillos de elegantes y salía el retintín de las copas; en tanto, el tráfago decrecía en todas las tiendas. La puerta de la Librería Budín estaba obstruido por un grupo, que contemplábamos algunos estudiantes lacerados, envidiando á quienes lo formaban, midiéndoles nuestras simpatías y pensando con desaliento en el porvenir.

—Ese es Gutiérrez Nájera—me hizo notar un condiscípulo, indicándome á uno del grupo que no distinguía yo.

—¿Quién?—le pregunté con curiosidad de mujer, abriendo tamaños ojos.

—El más joven.

—¿El que tiene la flor en el ojal?

—Sí, ese: que fuma gordo y largo puro, que está abrochado correctamente, que le salen mucho los puños de las mangas de la levita, que se le quiere saltar de la cabeza el sombrero y que empuña del medio el bastón y se lo pega de la espina.

Bastaba verlo una vez, para no perderle de vista; la nariz es una recta que arranca del entrecejo y se prolonga y aparta del bigote, y la frente con una protuberancia por donde pasa la línea del ángulo facial, un arco supremo que se pierde en el occiput.

Recordábamos que un domingo en la mañana había circulado un aviso que noticiaba que él, Justo Sierra, y no sé quiénes otros publicarían la Biblioteca Honrada. *Cuentos frágiles* sería lo primero, alguna novela de Farina después, y así, algo original y nacional, y algo nuevo y extranjero traducido expresamente. Trajimos á colación sus crónicas en *El Nacional* y ahora las columnas metidas de letra chaquira que de diario escribía en *La Libertad*. Era mucho escribir. Entonces era el cronista de los teatros y de los salones, de aquellos en que cruje el raso, las piedras preciosas descomponen la luz, y á los que entraba el sexo fuerte con mano enguantada y el *claque* bajo del brazo. A sus crónicas les daba todos los colores imaginables [había hasta color de Theo], les intercalaba remembrazas de poetas y las pringaba de vocablos franceses é ingleses. Era hombre de *sport*; mostraba frecuentar el *Jockey Club* ó ser un admirador *pursang*. ¡Ah, cuánto ha cambiado de entonces acá! Ha venido la madurez con experiencia, un tanto el aislamiento con el estado en que vive y un dejo de indiferencia con los sinsabores.

Me figuro ayer el día en que le conocí, que nada más que una noche con un sueño prufundo me lo vela. Al tornar á la realidad, miro aquel semblante que lo empieza á ajar y á tomar el tiempo, que quiere apagar aquellos ojos, que hace que aparezcan las canas. Cuando palpo esto en quien personifica la juventud en literatura, la angustia me hinca los dientes y me abate.

Tiene treinta y cinco años. Nació en Méjico el 22 de diciembre de 1859. Don Manuel Nájera, su padre, fué su maestro, su profesor, su mentor; el que le enseñó las primeras letras, y en seguida le soltó de las manos para que anduviese solo. No estuvo en ninguna escuela primaria, no pisó la preparatoria, ni escuela profesional alguna. Don Próspero María Alarcón, actual Arzobispo, cuando no pasaba de canónigo, le daba lecciones de latín, desde que volvía de coro hasta las seis de la tarde, con la afabilidad y el cariño del que es pastor por vocación.

—Pero le salí muy mal discípulo—dice él.

Hizo cuanto pudo don José Joaquín Tarrazas por hacerle entrar las matemáticas, ¡todo fué en vano! Por sí, al azar, se informó de la lógica, de la historia, del francés, de la literatura y de otras materias que, si las trata, muestra tenerlas sabidas.

Un día le metieron á la tienda de ropa de Mr. Candese, en la 1ª calle de la Monterilla, para probar si le gustaba el comercio. Todo el santo día desaparecía del mostrador y se le hallaba en la bodega, entre casullas y misales, muy quitado de la pena, leyendo la Historia de Francia por Anquetil. No tenía la menor afición por el comercio; pues á la casa paterna.

En 1875 empezó á escribir en *La Iberia*. En cubierta cerrada y bajo pseudónimo enviaba artículos literarios. Uno de los primeros versaba sobre el autor del soneto

"No me mueve, mi Dios para quererte."

Si pertenecía á Santa Teresa ó á San Francisco Javier. Hubo vez que se atrevió á mandar una serenata morisca. Pero un día le salió la criada respondona: criticó á Rodolfo Talavera, se le presentaron los padrinos al Director del periódico á exigirle reparación, lo supo el incógnito y se quitó el pseudónimo para salir al frente.

—¿Por qué no mandabas tus artículos?—Preguntó don Anselmo de la Portilla á don Manuel Nájera, con quien tenía entrañable amistad.

—¡Si no soy yo!—contestó don Manuel, que ignoraba el proceder de su hijo.

Y respondió una voz de joven que escuchaba.

—Pues si son míos

Padre y amigo voltearon la vista y miraron

al joven, no queriéndole dar fe. Trabajo le costó el convencerlos.

—De veras soy yo,—afirmaba.

Hasta que enseñó su letra, ya no hubo duda.

Al día siguiente el señor de la Portilla publicó una gacetilla, escrita de su puño y letras, en que encomiaba al autor y le auguraba brillante carrera en las letras

En *El Porvenir* de don José María Vigil, se publican unas críticas literarias firmadas por *Mingo Rebul*. Era él también.

No se disipaba el humo de la batalla de Tecoac, defendía á don Sebastián Lerdo de Tejada en *El Federalismo*. Un dia escribía editorial, otros Darío Balandrano, y otro José Negreta, y, cuando no, solía publicar versos.

Monsieur Can-Can se llamaba en sus crónicas en *El Republicano*.

En estos tres periódicos escribía *gratis et amore*.

Algo le entró en los bolsillos cuando era *Pompous* en *El Cronista* y colaboraba en *La Colonia Española*, *La Voz de España* y *El Noticioso*.

Se cuenta entre los fundadores de *El Nacional*. Ahí, en verdad, se dió á conocer. Pasaba por dado á la elegancia. No había ópera á que no concurriera, ni mañana que no hiciera su buen rato de guardia en Plateros.

Ahora está en el pináculo.

"Un hombre, dice Spencer, que tenga en igual grado el poder de expresarse y el de sentir, pondrá, en su manera de presentar sus ideas, toda la variedad que el arte reclama." Gutiérrez Nájera se encuentra cerca de esto. Por escrito, muchas veces no tiene de su parte la razón; pero, quiera uno que no, se la da siempre, porque es agradable. Toca los asuntos, cualesquiera que sean, como el cisne al agua: en su plumaje imitan perlas las gotas. De aquí la fascinación. Un secreto: en lo que escribe aplica inconscientamente la ley de la economía de la atención; por eso, cuando se lee, queda uno pensando en él, y se le admira, y si uno es su lector asiduo, se acaba por quererle, como á director espiritual.

He pretendido saber sus gustos, sus aficiones, sus predilecciones, y no me las ha determinado.

—A qué autor prefiere usted?

—No puede preferir á ninguno. Tendré grandes grupos de autores favoritos, pero no uno.

Y, sin embargo, no hay dìa que no lea un capítulo de Víctor Hugo, porque es sugestivo, y algunas páginas de Fray Luis de Granada. Musset le es simpático, Leopoardi le hace pensar, y á Goethe lo siente frío.

—¿De filósofos?

—Pues sobre eso soy medio escéptico: encuentro muchas verdades aisladas en cada uno.

Y dice que Spencer es el método, y que lee mucho á Taine.

—¿Quién le cautiva más?

—Ninguno.

—Y ¿de las escuelas literarias?

—Lo bello y lo feo, lo bueno y lo malo. Todas las escuelas tienen que sujetarse á una ley estética para realizar la belleza de lo feo. Me gusta leer más á los que creen que á los que no creen. El misticismo es fuente de poesía, y eso no impide que sea soberanamente hermoso el pesimismo de Leopardi.

—Tachan á usted de afrancesado.

—Puede ser que tenga razón, porque leo mucho más francés que español; pero ya es tiempo de que el español lea otros idiomas; que se vaya cruzando.

—Le comparan á Rubén Darío.

—Ya quisiera yo tener la brillantez del estilo que él tiene.

—¿Qué opina usted de los jóvenes literatos?

—Veo á bastantes que tienen muy bellas cualidades, pero en general, si se trata de poesías, noto que los muchachos la dejan pronto, *Poemas Aztecas* de Ganín son una tentativa feliz.

—¿Cuándo publica usted sus poesías.

—Me da asco verlas; tienen muchos disparates; sin embargo, será lo primero que haga.

Quien se juzga así, escribe éstas que solas harían poeta al que las firmase:

Desde el polen que palpita
en las hojas del botón,
hasta la estela infinita
de mundos en formación,
todo es una aspiración
de la materia á formar;
de las formas, á sentir;
de lo que siente, á pensar;
de lo que piensa, á morir.

Abrió un cajón de su mesa y me enseñó un motón de cartas, revolviéndolas. Eran de Jorge Isaacs, Pompilio Llona, Rafael Obligado, Julián de Casal, Rubén Darío y otros. Menéndez Pelayo lo elogia en unas cartas dirigidas á don Cacimiro del Collado; en uno de sus prólogos, Núñez de Arce hace honrosas referencias de él, y pregunta Pereda por qué no termina *La Mancha de Lady Macbeth*.

Medita unos fragmentos sobre el influjo de la literatura francesa en América, y un libro sobre una trilogía: Juárez, Lerdo y el General Díaz

Es un madrugador de primera fuerza: se levanta con el día.

La vida sedentaria le ha quitado el buen apetito. Lee en la cama para conciliar el sueño.

Pero, ¡ay, está tan fatigado! Y no poder soltar la pluma de las manos! Si es por la que vive.

ANGEL POLA

La fiesta de la Virgen

Todavía me parece estar mirando aquella casa de paredes blancas y de enormes patios, que dió hospedaje á mis ensueños y amarguras. Todavía me parece estar mirando la fuente rodeada de naranjos, el viejo asiento de piedra en que des-

cansábamos al anochecer, mientras entraban los ganados al establo, á la primera luz de las primeras estrellas.

Aún veo el copado fresno que sombreaba la puerta de la casa como un guardia palatino.

Yo recobraba allí mis fuerzas decaídas en la lucha diaria, en la ímproba labor. Me escondía en aquella heredad lejos de los periódicos, de los teatros, de los clubs, y aquietaba mi espíritu en la contemplación de la naturaleza y en la compañía de buenas almas. De los campos en donde araba pensativo el buey de ojos profundos; del surco recien abierto, del agua que correteaba por los caños; subía hasta mí ese olor sano que vigoriza y que conforta: olor á quietud, á sosiego, á tierra fresca, á onda límpida, á salud de las criaturas animadas. De los seres en cuya intimidad vivía, brotaba el perfume suave de las almas buenas, de los corazones sencillos, que da calor y vida á nuestro espíritu. Recogido en aquella calma augusta de los campos, yo decía á la Naturaleza, como Lacordaire al Creador: "¡Oh madre eterna, madre, yo voy á vos.... abridme!"

El invierno entumía las aves en sus nidos y trasformaba en cristales duros el agua helada de las fuentes Los pobres labradores tiritaban y el cielo resplandecía con todas sus hermosas claridades como una plancha de acero azul bruñido. Los carros atravesaban la calzada rechinando. Mis oídos se abrian á todos esos rumores sordos de los campos á esos vagos ruidos del viento que brama entre los viejos encinares y besa murmurando el tallo de las rosas; como Hércules á los pies de Onfalia. Oía el balido de la oveja y el piafar del potro, la voz del buey que muje y la campana de la ermita dando al oscurecer, las oraciones.

También la madre Naturaleza reconstruía sus fuerzas como yo. Los granos caían en el surco y las ideas arraigaban en mi entendimiento. El hielo de los campos y la austeridad huraña de mi espíritu no eran más que disfraces pasajeros: la simiente se multiplicaba bajo la tierra, y las doradas ilusiones sacudían sus alas entumidas en mi alma, como salen del tamarindo hospedador las aves que pasaron la noche entre sus ramas.

El frío nos obligaba á buscar la atmósfera caliente de las habitaciones, y á galopar por las mañanas en el valle. La noche nos veía reunidos en la capilla, angosta y larga á través de cuyas ventanas se miraba el titilante resplandor de las estrellas, que ardian sin producir calor, como puntas de diamantes. A veces las estrellas se apagaban, diríase que la sombra de Dios pasaba por el cielo.

La capilla estaba comunmente casi á obscuras. Una lámpara de aceite ardía nada más, junto al sagrario. Era el alma de fuego que oraba por los espíritus de hielo! En la sombra se perfilaban los confesonarios, con la reja abierta para recibir á los pecadores. En un lienzo de la pared se destacaba el cuadro de la Virgen. Al concluir la oración, los jóvenes se ponían de puntillas para tocar sus plantas con sus labios!

Ningún recuerdo, sin embargo, de los de ese tiempo, vive con tanta vida en mi memoria, como el de ese claro y sereno día de la Purísima.

En la noche anterior se había ocupado la familia en disponer el santo altar. Yo había ayudado á colocar los cirios y á poner las flores de papel en los jarrones de yeso. En el jardín no había más que una sola flor—y esa no la hallé en mis pesquisas. Solo una mujer puede encontrar las flores dentro de la nieve!

Aquella sencilla ocupación regocijaba mi ánimo. Me parecía que íbame aproximando á los días apasibles de mi infancia, esto es, que iba llegando al cielo. Respiré con delicia el místico olor del incienso—ese divino olor de la castidad.—En la mesa tallada de la sacristía, brillaba, limpio y lustroso, el copón de oro.

Al acostarme aquella noche, pensé oír muy distante, ese vago rumor de alas que arrulló mi sueño la víspera de mi primera comunión!

***

En la tarde del siguiente día se verificó la procesión en el cercano pueblo. Yo jamás había visto procesiones. Vine al mundo cuando los cirios que Lutero, al decir de un poeta, vió en manos de los monjes y que simbolizaba la fe, estaban casi todos apagados.

Las leyes de Reforma tenían ya tantos años como yo; pero en los pueblos nadie sabe leyes. El alcalde, representante del Estado sin Dios, en esa pobre aldea, era tal vez el único que conocía las prohibiciones y cortapisas impuestas á los cultos religiosos. Por eso, bastón en mano, salía de su palacio—un caserón con dos corrales—llenos de gallinas—rumbo al campo. Nos encontramos y me preguntó: ¿Por dónde viene la procesión? Yo le indiqué el rumbo que había tomado al salir de la parroquia. Entonces él, torciendo por la calle opuesta, me contestó:—Voy por aquí. Yo no quiero saber que hay procesiones. No puedo permitir esta infracción escandalosa de las leyes.

***

Reventaban los petardos, y los cohetes, culebreaban en la atmósfera. Todos los balcones y ventanas se veían llenos de mujeres y de niños. Las sobrecamas y las carpetas de las mesas servían de colgaduras. En la parroquia repicaban las campanas.

Por fin la procesión desembocó. Por delante, marchaban alzando los ciriales, monaguillos con sobrepellices lavados y zapatos nuevos. Luego, de dos en dos marchaban los devotos, cirio en mano. Aquellas buenas gentes formaban como la guardia de honor de la Virgen, que iba en andas.

Atrás entre una doble hilera de gente arrodillada, bajo el pobre palio, iba el Guardián con su ornamento blanco, enorme lujo de los días solemnes, llevando entre sus manos la custodia.

Al desfilar la procesión reventaban con multiplicada fuerza los petardos, la campanilla dejaba oir su timbre de oro, y una lluvia de flores silves-

tres descendía de los balcones. ¡Oh santa sencillez! ¡Oh santo amor!

***

La fiesta terminaba ya en el pueblo. Los fuegos artificiales abrían sus grandes flores rojas en el oscuro lienzo de la noche. Las estrellas cintilaban en el cielo, tan frías como en la noche de Navidad. Nosotros regresábamos contentos en el *breack*, escuchando los rumores solemnes de la noche. Ya distinguíamos las fogatas y luces de la hacienda. La última rueda de cohetes se había apagado en la obscuridad....

M. Gutiérrez Nájera.

Nuevos escritores y poetas

En el país del Perú, un grupo numeroso de literatos nuevos, sienten y "viven" el arte. Lo sienten honda, apasionadamente; lo "viven", amando la novedad, siguiendo la ruta nueva que París señala á sus artistas, á su *jeunesse;* dando á su prosa, á su verso, la nota *fin de siècle*, es decir, la nota del color, la gama de la armonía, el tinte de lo nuevo y flamante, de lo que no está al raz de la vida burgesa.

Es un grupo de muchachos alocados, los que han plantado su blanca tienda y enarbolado su bandera de reto, en plena Lima. "Bohemios", se llaman ellos con mucha hilaridad y sencillez. Bohemios? ¡Qué es eso! Bohemio, desarrapado, vicioso, papanatas, grosero.... Todo! No. ¿Nosotros bohemios? Los que gastamos vida literaria, no somos noctámbulos, no somos sencillamente: "el señor que pasa" Somos algo más, amigos. Somos algo más. Estamos más cerca de Dios; estamos más cerca del Cielo. Ascendemos por la escala luminosa de Jacob.

El Arte! ¡Oh! Cosa excelsa! Dios, alma, vida, sentimiento, gloria.... Arte! ¡Dichosos los que gastáis fovores de la Excelsa Diosa! ¿Estáis ungida por ella? ¿Os ha puesto ella, con sus propias manos, en la frente la divisa de la secta, como Dios señaló á Caín y le dijo: "Andad!"?

Pues......

Un tumulto de muchachos alocados que llevan en su frente esa sagrada insignia, imperan en aquella tierra del oro y del boato. Va, en ideal caravana, el grupo ruidoso. Va al país del laurel, á la tierra del triunfo. Hay quienes vacilen; también quienes hayan caído, postrados por el cansancio del largo caminar. Unos van, gloriosos y llenos de vanidad, sobre sus camellos enjaezados lujosamente. Uno, dos, casi tocan á la puerta.... El laurel verde y fresco ciñe las frentes jóvenes.

Llevan en su alma la llama que amenaza consumir sus temperamentos. Sienten bullir en su cabeza, la bandada de ideas, que hizo exclamar á Chenier, antes de morir: "¡aquí hay algo!" Las ideas que bullen y forcegean por salir de su cárcel estrecha, todas vestidas de luz Hacen diabluras. Asaltan los viejos diarios y amenazan invadir los Ateneos, desde donde, los de la generación pasada, los viejos, los ven con ojos llenos de asombro, "La Opinión", un buen señor vividor, muy conocido en su casa y muy opulento, se ve en la necesidad de abrigar, bajo sus techos, á tanto vagabundo, que va abriéndose paso, entre la multitud, á puñetazos limpios. Por allí he visto á muchos. Allí, en esa amable casa, los he saludado; hemos trabado relaciones.

Fundan revistas, órganos puros de la *trouppe*, que viven un dia. Que nacen y mueren como una hermosa flor, en el término de veinte y cuatro horas. Algunas de ellas, las más seriecitas, y que han pasado ya de la edad peligrosa, me traen constantemente ráfagas de la vida artística de por allá.

Veamos á algunos desarrapados.

***

José Chocano, es, para mì, el que marcha á la cabeza del grupo. El guía la caminata, sonando su cuerno, de cobre para evitar que alguno se extravíe, pierda el camino y se interne en un bosque desconocido. Es el "jefe." El grupo acata sus órdenes.

Chocano es un buen poeta. Escribe versos sentidos, llenos de vida. Es artista. Buscad arte, arte en sus versos, y arte encontraréis.

Es atolondrado, según me lo dice Clemente Palma. *In menti* forma multitud de revistas de arte á las que nunca da vida. Piensa en libros, en hermosos libros, que lleven, en buen seguro, su obra poética á países lejanos, y esperen sanos y salvos, el juicio de los tiempos que vienen. Formula viajes, que no lleva á efecto. Escribe mucho. En casi todas las publicaciones literarias de Hispano América, veo constantemente cosas suyas. Es político, es decir, gusta de gastarse esa vida de trajín que democratiza á los artistas que viven, como Levitas al cuidado del ara santa. Le gusta atacar á los perversos. Embiste tenaz, lanza en mano, calada la vicera, como un caballero de la Edad Media que venga un ultraje á su señor y amo poderoso.

Yo juzgo malo para él, todo ese incesante revolotear de mariposa, esa inquietud de pájaro que comienza á volar.... No. Estése quieto él. Trabaje mucho y bien, ya que el buen Dios ha querido dotarle de un temperamento artítico envidiable de veras. ¿Estamos, caro amigo Chocano?

***

Viene después Clemente Palma. Por las venas de este muchacho corre, bulle, sangre aristocrática, es decir, sangre ilustre, por ser su señor papá el glorioso don Ricardo, padre de la tradición americana. ¡Oh! Yo despreciaría á Clemente si fuese noble de veras, si ostentase, con fatuidad, blasones bravos. ¡Un noble escribiendo! ¡A otro perro con ese huezo! Harto estoy de aristócratas poetas, de aristócratas oradores, de aristócratas prosistas...... ¡Y cuánto más! La sangre azul......? ¡Oh, amigo! Azul la tenemos nosotros, que combatimos en los campos de la idea, nosotros que estamos fuertes y vigorosos. ¡Blanca la tenéis vosotros, seres fatuos, que cifráis todos vuestros orgullos, en un amarillento trozo de pergamino y en un blasón churrillesco!

Clemente Palma. Una amistad franca y sincera me une con él, y temo que se tomen mis elo-

gios de manera inconveniente. No. Yo soy franco, abierto. Al amigo íntimo si es un topo, le llamo por su nombre: "¡topo!" Si es buen escritor y es mi enemigo mayor, si más de alguna vez, con ese caballero, nos hemos dado de pescozadas en una calle ó de bastonazos en el pasillo de un teatro, le confieso, en cualquiera ocasión, lo de bueno que pienso de él.

Muchas, repetidas veces se lo he dicho á Palma, (hijo,) en cartas particulares, lo que hoy digo en público, lo que predico desde las columnas de este periódico.

Es un prosista magnífico. Su estilo va tomando, día por día, nuevos giros, nueva extensión. Va llenándose de novedad, haciéndose puro, limpiándose de los restos de otros autores. Va siendo original.

Como *conteur*, no hay actualmente, entre los muchachos, ninguno que se le iguale, ni le supere. Puede juzgarlo quien quiera, buscande sus páginas de tal género. En "El Fígaro" hay algu nas. "En el Carretón", por ejemplo. Es una fantasía negra, un cuadro abracadabrante, trazado á lo Doré: negro, negro, negro. Es de lo real: que se "vive." Las aventuras de un pobre estudiante, ebrio de *absintio*, que sueña su muerte, y ama á la Luna. "Nerónida" es otra página valiente. "Miedos", que yo publiqué en "La Pluma", tomada de "El Comercio" de Lima, es un cuento lindísimo.

Como poeta, Palma, me parece así, así...... El poeta, mejor, el versista, porque poeta lo es él, escribieado en prosa, no está á la altura que debía estar. Sin embargo: versos suyos hay que me han agradado muchísimo.

Espiga en el campo de la crítica. Va el joven trabajador, con su hoz sobre el hombro, á segar en esos campos ya de "punto." Y es bastante feliz el acopio. Trabajos de ese género suyos, han merecido ya elogios de la prensa americana. Su trabajo sobre "El Decadentismo en América", inserto en "El Iris", revela su seriedad de juicio, su amabilidad de razones y riqueza de acopio intelectual. Tiene "vena", como por acá decimos. Debe cultivar, con ahinco esa planta y hacerla dar frutos riquísimos.

Dirige una preciosa revista "El Iris" y prepara un libro, su primer paso en la bibliografía: "Mi 94."

⁂

Expansivo, todo artista, generoso, lleno de sentimiento, Pepe Fiansón, es el "parnasiano" más hermoso del Perú. Un delicado orfebre; bordador de bellezas. El ritmo cadencioso, impera en sus versos. Ritmo! Ritmo! Eso pido yo.

Que el verso se desgrane, como sarta de rocío; que tiemble, tímidamente, como pétalo de rosa que cae, lentamente, desde lo alto del rosal madre. Ritmo! El triunfo de la música; el tintinabuleo de las frases; el choque suave de los pensamientos delicados. A la idea que la abrigue un ropaje de púrpura.

Y todo lo consigue Pepe Fiansón. Eso no en todos los casos. He visto versos suyos que me han parecido malos, bastante malos. El color se ha regado, confundido y se ha formado un almácigo, el ritmo ha perdido su uniformidad y suena á armonías de orquesta de la legua. Hablo de una serie ligera: "Iris", de la cual, saliendo de el "Rayo Rubio", lo demás no vale nada.

Fiansón hace versos lindísimos. Flores aristocráticas que manos blancas y delicadas deshojan sobre su mesa de mármol. Collares de gotas temblantes, rayo débil de un sol de Mayo, aura sutil y olorosa de un Abril rubio y gentil.... Onda, sol, aura, flor, recío....

⁂

El báculo de la crítica lo tiene Enrique Castro y Oyanguren, de quien soy devoto, es decir, de quien leo todo lo que me traen diarios y revistas de la tierra de Atahualpa. Sus ideas son regeneradoras. Antè todo: quiere una vasta reorganización literaria para su país y aboga por ella. Cuando hace el "satírico", suena bien la dulzaina, pero me es algo fastidioso. Serio, meditativo, viendo con buenos lentes todo, es interesante. Vale, plata pura.

⁂

Domingo Martínez Luján es enérgico, pujante. Su verso no suplica; ordena. Su ritmo no es el de Fiansón, que irradia como un diamante herido por un rayo de luna, es el que gime como un combatiente herido, el que anda, anda y pisa fuerte, como un gigante que va á la lidia, con su pesado carcaj de flechas sobre la espalda.

Es más enérgico su verso que el de Chocano; pero menos artista.

Comenzó imitando á Díaz Mirón, siguiéndolo con frenesí, hasta un punto peligroso. Estubo á dos pasos del plagio. Hoy no. Se opera en él una evolución; va tomando sus visos de originalidad y, hoy es uno de los poetas peruanos más conocido en América.

⁂

José Antonio Román prepara, me dicen, un libro "Fantasías Japonesas." Quien quiera saber lo que yo pienso de este joven escritor, busque el artículo que yo escribí sobre su estudio, "Pintores Japoneses", y que corre inserto en "El Fígaro", número 9, correspondiente al 16 de diciembre del año próximo pasado.

⁂

No hay muchos más. He aquí algunos: Federico Larrañaga. Parnasiano distinguido, que escribe lindos versos. Enrique A. Carrillo, compañero de Castro y Oranguyen en la crítica. Ha escrito páginas que hablan muy alto de su talento. Miguel M. Luna y Luis Cesáreo Esteves: un par de poetas nuevos, que, con el incesante estudio y dentro de algún lapso de tiempo, valdrán mucho. Zergara Ballón es un valiente poeta. Sixto Morales, en su poema "Besos", que no ha mucho he recibido, descubre disposiciones envidiables. Arnao autor de los "Cuentos á Colombia" es un prosista pulcro é inteligente. Y ponemos punto final aquí, porque............ Es muy noche ya, casi amanece. El artículo es para el periódico de mañana, y va resultando muy largo y yo tengo sueño.

ARTURO A. AMBROGI.

Imprenta Nacional